



Con la presente sección inauguramos nuestra tarea de contribución al conocimiento, comprensión, valoración y difusión de las más significativas expresiones de la cultura local y regional. Con ese propósito, en las diferentes ediciones incluiremos estudios, semblanzas, panoramas, análisis, estudios y muestras sobre la trayectoria y producción de las principales personalidades que a través de su obra contribuyen de modo decisivo a la definición del perfil cultural de la región y del país, en el contexto de la cultura peruana y de las relaciones internacionales. Partimos de la observación de que para afirmar la identidad y la compenetración con la realidad, previamente hay que conocerla. Asimismo, entendemos que, con el paso del tiempo, importantes autores y obras son desconocidas por las generaciones actuales y están postergadas en un injusto olvido. De otros intelectuales e investigadores sólo se tienen referencias fragmentarias o aisladas, por lo que no se aprovecha sus aportes a las ideas, la ciencia y la cultura. Procuraremos mantenernos en esta línea de trabajo intelectual.

Abelardo Gamarra, “El Tunante”

Jorge Basadre

La presente contribución junta secciones o párrafos diversos de *Historia de la República del Perú* y agrega algunos datos adicionales. El autor ruega a los lectores que tomen en cuenta la fecha de la aparición inicial de la mayor parte de los conceptos aquí expuestos: 1964. Se limita a indicar diversas vías que pueden tomar en sus planteamientos los estudios sobre Abelardo Gamarra. Otros serán quienes los desarrollen y extiendan, sin duda alguna superándolos. Y cumple con una obligación cuando expresa que Julio Galarreta González es el autor del renacimiento de “El Tunante”. No en vano escribió Abraham Valdelomar: “Para vivir en el futuro, basta que un alma nos comprenda”.

Nació Abelardo Gamarra, en Sarín, distrito de Huamachuco, el 31 de agosto de 1852. Sus padres, Manuel Guillermo Gamarra y Jacoba Rondo Quesada, poseían una de las fortunas más considerables del departamento de La Libertad. Doña Jacoba era prima hermana del Faustino Sánchez Carrión.

El libro de Abelardo Gamarra *Educación. A la memoria de mi padre*. Edición reservada de cien ejemplares. Saludo

anticipado al aniversario de mi Patria: 28 de julio de 1920, Lima, Librería e Imprenta Ledesma, 1920, incluye preciosos datos acerca de su infancia y juventud. La figura del padre resucita con caracteres indelebiles. A él debió



Abelardo, el sentido de identificación y fervor por lo que constituye la dignidad humana. Le enseñó las primeras letras con la Biblia en la mano y luego le hizo aprender fábulas y recitar romances de Villegas y quintillas de Fray Gerundio. Fue Abelardo también, desde niño, gran amigo de los viejos, entre ellos doña Josefa Carrión, hermana de José Faustino, y del cura del pueblo Juan de Cruz García. A los nueve años, por travesuras cometidas en el colegio, fue llevado a la hacienda familiar para que trabajara con los indiecitos que arrojaban semillas siguiendo tras de las yuntas o las guiaban con un palito para que el surco fuese derecho. Su padre le enseñó siempre a querer a los aborígenes. No era extraño a

ellos en el sentido racial. Fraternalmente unido a los chiquillos de la casa y a los del caserío, fue su compañero de juegos en las noches estrelladas del verano, mientras los mayores estaban ocupados en dirigir las faenas de la trilla

de trigo. El peón recibía allí trato humano. El padre de Abelardo era en Huamachuco apoderado de las comunidades y el niño solía concurrir frecuentemente a los “acuerdos” y fueron para él inolvidables los jefes de las “huarangas” con sus cuellos parados a guisa de golos de grandes caballeros de cortes europeas, el calzón de chicote, el grueso bordón de lloque, los bucles largos a uno y otro lado de la cara. Al morir el padre de Abelardo, sus propiedades fueron embargadas en litigios incalificables e intrigas y robos descarados, muy propios de la administración de justicia en la sierra. Ya había iniciado el imberbe escritor sus estudios en la sierra. Dieciséis años después regresó al terruño, volviendo hombre después de haberse ido niño. Los jefes de las “huarangas” lo reconocieron y festejaron. Pero aquella visita fue, como las otras, corta. La política y la literatura atrajeron inexorablemente a Abelardo Gamarra a la capital.

Su instrucción primaria la recibió, pues, de su padre; y el primer año de medio lo comenzó en el Colegio de Huamachuco pero, trasladado a Lima, ingresó al Colegio de Guadalupe de donde pasó a San Carlos. Cursó todos los años de Letras y Jurisprudencia. Ya en el último año de estudios, lo abandonó para ingresar, hacia 1871, a la redacción de *El Nacional*, cuando había cambiado por completo su condición económica pues se había vuelto muy pobre. En ese diario comenzó a publicar sus artículos de costumbres titulados “Rasgos de pluma” y otras colaboraciones entre las que estuvieron algunas poesías indígenas. Uno de esos artículos, “La mona” fue traducido al alemán por Juan de Arona; el titulado “La rabona” llegó a ser reproducido en el periódico oficial en homenaje a la mujer peruana; y el que apareció con el nombre de “Los cholitos” dio lugar a un decreto que prohibió nominalmente el tráfico que se hacía con los niños de los indígenas. Años más tarde, en su galería de tipos femeninos, como un contraste frente a la “rabona”, pintó a “la mamacha”, la esposa del patrón de la hacienda, atrabiliaria y prepotente, rodeada por las “chinas”, las hijas de los indios de las haciendas, convertidas en sirvientas, y a veces en víctimas de la concupiscencia del patrón. Y esa mujer (la mamacha), en un artículo que Julio Galarreta González ha exhumado, “encarnación dorada de una barbarie secular, es una de las piedras angulares sobre las que reposa el edificio político y social de la nación”.

Miembro de la tertulia de Juana Manuela Gorriti, cambió en ella su seudónimo “El último haravec” por “El último haravicu” en solemne ceremonia de bautismo realizada el 20 de setiembre de 1876; tuvo como madrina a Mercedes Cabello de Carbonera y como párroco a Ricardo Palma.

La primera obra editada por Abelardo Gamarra fue *En camisa de once varas*, colección de once artículos que apareció ese mismo año de 1876 y fue un exponente de costumbrismo burlón y risueño. El “bosquejo de novela” *Detrás de la cruz el diablo* se publicó en Lima en la imprenta de *El Nacional*, en 1877. Pertenece, pues, al primer ciclo de los escritos de “El Tunante”. Sus 35 páginas no le dan gloria. Relatan los idílicos amores del estudiante de San Carlos Guillermo con la bella Margarita; los esfuerzos de la madre de ella para casarla con un joven rico; los afanes de éste en la conquista de la muchacha; los chismorreos de una beata que resulta amancebada con un amigo del seductor y amartelada por su propio defensor. A pesar del tema, el lenguaje es decoroso. Salvo en la descripción de una jarana de medio pelo, casi no hay color local. El final feliz implica la victoria del romanticismo sobre los alarde prosaicos que en cada página aparecen. No emerge la crítica social de que hace gala “El Tunante” en su producción posterior. La obra delata una extrema mocedad.

Actuó en el Callao en 1866 como imberbe enlace y portador de noticias y provisiones para el ejército. En el diarismo tuvieron gran resonancia su protesta contra la prisión de los periodistas en la época de la Dictadura de Piérola y su defensa del ejército de Tacna.

Gamarra contribuyó además a que una de las formas como se manifestó el cariño y la admiración del pueblo a Grau y a la armada tuviese insospechadas repercusiones.

Desde los tiempos de la Confederación Perú-boliviana llamábase “la chilena” un baile que, no obstante, era genuinamente nacional. Este nombre fue cambiado por “El Tunante” y su iniciativa tuvo general acogida. El mismo ha escrito en su artículo “El baile nacional” incluido en sus Rasgos de Pluma: “El baile popular de nuestro tiempo se conoce por diferentes nombres; se le llama tondero, mozamala, resbalosa, baile de tierra, zajuariana y hasta el año 1879 era más generalizado llamarla la chilena. Fuimos nosotros quienes, una vez declarada la guerra entre el Perú y Chile, creímos impropio mantener en boca del pueblo y en sus momentos de expansión semejante título y, sin ningún acuerdo de Consejo de Ministros, resolvimos sustituir el nombre de chilena por el de marinera, tanto porque en aquel entonces la marinera peruana llamaba la atención del mundo entero y el pueblo se hallaba sumamente preocupado por las heroicidades del Huáscar, cuanto porque el balanceo, movimiento de popa, etc., de una nave gallarda dice mucho del contoneo y lisura de quien sabe bailar, como se debe, el baile nacional”... “para que la semilla fructificara, lanzamos no pocas letras picarescas a las que ponían

música esos maestros incógnitos que no se sabe dónde viven pero que nos sorprenden con sus músicas deliciosas".

De los días de la ocupación chilena debe haber sido la marinera de Gamarra titulada "El baile nacional" que contenía, entre otros, los siguientes versos:

*Ven china, ven
ven y verás
y verás a los chilenos
que nos quieren gobernar.
Si te dan, si te dan, si te dan
si te dan el alto quien vive
tú dirás, tú dirás, tú dirás
¡Viva el Perú! ¡Muera Chile!*

Otra marinera del mismo autor, "La concha perla", con música de José Alvarado, ha sido llamada la decana por considerarla la primera. Muchas más escribió, de gran popularidad. Entre ellas, "La costa abajo", en la que hallanse los siguientes versos":

*Eres como mi guitarra,
por eso te quiero tanto;
delgadita de cintura
y gordita para abajo.*

*Tienes unos ojos lindos,
mirarlos me da trabajo;
todos al verlos quisieran
besarte de arriba abajo.*

*En Lima se suele hallar
sólo gracia y desparpajo;
pero mamey y cajeta
de Trujillo para abajo.*

*Más abajo, más abajo,
más abajo está el descuajo;
más abajo, abajo,
que viva la costa abajo.*

En números dispersos de *Integridad* publicó Gamarra sus "Recuerdos de la guerra" que son preciosas memorias de aquella época. Allí hay referencias a su actuación en el Calló en 1880; una semblanza de Guillermo Billinghurst tal como era entonces y datos sobre las batallas en defensa de Lima en 1881; alusiones a su labor posterior en pro de la lucha contra el invasor, con noticias sobre una reveladora visita a Montero en Trujillo y acerca de las extorsiones de las autoridades peruanas envidadas a Huamachuco y sobre la batalla de San Pablo; datos que conciernen a su victorio-

sa campaña como candidato a la diputación por aquella provincia en el Congreso de Arequipa frente a la oposición oficial y a su largo viaje por tierra de norte a sur utilizando sus propios recursos y no los del Estado; hermosas viñetas de aquel descubrimiento de tan peruanísimas comarcas; informaciones que en ninguna otra fuente es posible encontrar sobre la escena política en la ciudad del Deán Valdivia y sobre la entrada de los chilenos a ella. Gamarra presenció los quince días iniciales de la ocupación. La actividad periodística ejercida por él entonces parte de *La Bandera del Norte*, editada en Huamachuco, y llega a la fundación de *La Integridad* en Arequipa. Su posición fue la de un nacionalismo integrista, opositor de cualquier cesión territorial. Parece haber sido miembro de un grupo conspirador contra Montero, inmediatamente de la llegada de los chilenos. Su homenaje a los anónimos y heroicos luchadores campesinos contra los invasores está en el hermoso artículo "Juan Sin Miedo".

De regreso a Lima a fines de 1883, volvió a *El Nacional* e hizo enérgica campaña de oposición contra Iglesias hasta que partió como desterrado rumbo al Ecuador. En Salaverry fugó, junto con el coronel Justiniano Borgoño, a cuyo lado había estado en 1881. Volvió a peregrinar por el norte para ayudar a la sublevación de Cáceres. El triunfo de éste le permitió regresar a Lima y ocupar su tribuna en *El Nacional*.

Gamarra se separó de este diario porque comenzó a defender el contrato Grace. Diputado suplente por Huamachuco en 1886 y 1888 estuvo entre los expulsados de la Cámara por su recalcitrante oposición a dicho negociado (Decreto del Presidente Cáceres y el Ministro Pedro Alejandrino del Solar, refrendado el 8 de abril de 1889). Hizo reaparecer *La Integridad* como semanario de oposición el 28 de julio de 1889. Formó parte del Círculo Literario y de la Unión Nacional, y se acercó, con fervor de discípulo, a González Prada. En 1885 editó su colección de artículos *Novenario del Tunante*; en 1888, *Costumbres del interior*, en 1889 *Rasgos de Pluma*. En este último libro incluyó un valioso trabajo sobre la batalla de Huamachuco.

El espíritu de Gamarra había cambiado en la guerra con Chile ya que tomó una actitud crítica ante vicios y defectos nacionales y adquirió un sentido social. Sin embargo, mantuvo su gracia y su travesura al pintar tipos y escenas de Lima y de provincias, de la costa y de la sierra, de personajes encumbrados y de gente humilde. Especial significación tuvieron sus sátiras políticas y sus alusiones a lo que llamara "Patriocabulismo". Quiso hacer obra netamente popular, ser comprendido por el pueblo y contribuir, a través de este medio, a elevar el nivel moral,

espiritual y social del país. El mismo dijo que tenía el rudo pincel de Pancho Fierro.

Fue algo que no siempre coexiste: un escritor periodista y un periodista escritor. Prodigó, sobre todo, crónicas y artículo de costumbres. Su obra teatral, de la que se ocupan otros párrafos de este mismo ensayo, resultó en su mayor parte, una prolongación o proyección de su fácil actividad primordial. *Nubes de un cielo*, novela cuyo género fue el romántico no llegó a ser editada.

En la medida en que pierda vigencia la interpretación oligárquica en la literatura peruana y se acentúe, en la crítica de ésta, el sentido social y popular, crecerá la figura de Gamarra. Fue el suyo un costumbrismo en función del Perú total mientras otros fueron localistas y su obra está allí, rica y variada, con sabor a tierra y olor de multitud. No hay en ella los alardes de inocencia pueril o de senil prolijidad que suelen tener quienes se limitan a pintar y a exaltar el ambiente en que viven o en que vivieron.

Gamarra atesora un cariño entrañable a la vida nacional y a la vez aparece con el agrio atractivo de su insobornable voluntad de criticar sus taras y dignificarla. No es estéticamente puro; pero es sabroso. Merece ser valorizado con exactitud y no bastan todavía los aislados homenajes que ha recibido. Su centenario (1952) pasó inadvertido en bochornoso silencio académico. Su falta de depuración estilística y de cultura selecta y sólida y su negativa reiterada, a través de toda su vida, para hacer la criba de sí mismo, o sea la propia antología, le hacen daño ante quienes creen que en literatura, al fin y al cabo, vale el concepto de que “Fuera de la Belleza no hay Salvación”.

No en el ejemplo engolado y altisonante de los románticos sino en el mensaje de esquemático realismo y agudeza donairoso dejado por Pardo y Seguro se inspiró Abelardo Gamarra al escribir para la escena. Ya se había iniciado en ella con *Una cosa es con vihuela y otra con guitarra, episodio del Carnaval en Lima*, juguete cómico estrenado en una función benéfica de la Columna Tipográfica de la Guardia Urbana el 15 de julio de 1879. Pieza sin trascendencia, aludía al luego con agua y a su avasalladora popularidad en Lima. En el mismo año se estrenó el propósito dramático-lírico del mismo autor *Somos libres* con música de José Ignacio Cadenas, evocando el entusiasmo patriótico enardecido en aquel momento histórico.

La obra *Ya vienen los chilenos* fue de 1886. Exhibe episodios de la guerra en el interior del país; algunos peruanos traidores y otros, incluyendo las mujeres, leales a la patria encarnada en Cáceres. *Ir por lana y salir trasquilado o Cosas del tiempo* (1892) pinta la pobreza en Lima después de la desocupación y exhibe los ardidés de unos

inquilinos en una casa de vecindad para no abandonar el alquiler. *Ña Codeo* (1887) fue comparada por su criollismo, su facilidad y su sencillez con el teatro de Segura. Gira alrededor de una madre interesada que busca el matrimonio de su hija como un negocio, mientras su hermano, un indefinido, auspicia los amores de ésta con un joven pobre. *El yaraví* fue el libreto en verso para ópera basado en los últimos momentos de la vida de Melgar y escrito con motivo del centenario de este poeta (1891). Llegó a ser adaptada a la zarzuela y estrenado con música de Carmelo Grajales el 5 de agosto de 1893.

La vivaz zarzuela costumbrista de Gamarra *Una corrida de gala* con música de Fernando Brenner, quiso inspirarse en la afición taurina que entonces entusiasmaba a la gente de Lima y tiene atisbos pintorescos y satíricos. Se estrenó en 1896. A propósito de una de las zarzuelas entonces en boga había escrito Gamarra: “Es una de tantas costumbres populares españolas puesta en música española; y bien ¿no podía haber costumbres peruanas que con música peruana puedan ponerse en escena?... “Nuestro objeto es presentar al vivo una de esas corridas de gala de la Bomba Lima v.gr. con una cuadrilla criolla y cuanto de más criolla sea posible; presentar, ponderando por esto, la suerte de a caballo, peculiar del Perú y a los toreros que en nuestro tiempo hemos conocido como buenos, con perdón de los Paco de Oro, Rebujina y Pastor”... Gamarra escribió también para el teatro *El himno nacional* (que acaso fue la misma obra que *Somos libres*), *Alcedo*, *La última escuela*, *La cama*, *Doña Goya*, *Escenas de la campiña*.

De toda la obra teatral de este prolífico escritor, cuyo análisis debe ser hecho en relación con su época y con los objetivos que persiguió, fueron considerados como los mejores exponentes *El yaraví* y *Ña Codeo*.

Prosiguió él con singular tesón su periódico *La Integridad* y editó sus libros hasta un año antes de su fallecimiento. En 1903 fue presidente del partido Unión Nacional del que se alejó en 1904. Aunque Adriana de González Prada en *Mi Manuel* lo llama veleidoso y hace de él una referencia despectiva, en lo esencial de su vida mantuvo una dignidad cívica. En 1908 viajó a Buenos Aires y las impresiones de su paso por la costa sur del Perú, por Chile y por la Argentina las vertió en crónicas que aparecieron en *La Prensa* y que, en parte reprodujo en el libro *Artículos de Costumbres*. Aquel mismo año presidió la reunión en que se organizó la Asociación de Periodistas y Escritores del Perú, de cuya junta directiva fue miembro.

El período que siguió a la paz con Chile en 1883 fue el del apogeo del llamado “valse” nacional. Según el testi-

monio de Ismael Portal, esta moda se inició con la composición de Pease "Recuerdos de Lima". Sin embargo, otros afirman que el primer valse nacional con letra fue "Angel hermoso" con música de Zoila Gamarra y letra de Abelardo Gamarra, fechado en 1885. Sus primeras estrofas decían:

*Angel hermoso a quien amar juré,
prenda querida que en mi mente estás;
paloma pura cuyo vuelo alcé
Dime por qué, dime por qué no me amas ya.*

Dentro de las anteriores casos citados, Gamarra se ubica en su obra musical muy lejos de una actitud doliente. Sin embargo, en "Angel hermoso" vendría a coincidir con lo que expresa Serio Zapata en su *Psicoanálisis del vals criollo*. Dice Zapata que en él las fantasías más frecuentes, son las de abandono y depresión, de frustración y amor en una posición ambivalente del hombre frente a la mujer, actitud pasiva, infantil y quejumbrosa dentro de la que las imágenes de la madre y de la amante son superponible, los mismo que las imágenes del hombre y del niño abandonado.

Que Gamarra desborde este planteamiento hállese comprobado por muchas evidencias. Una de ellas, por ejemplo, su actitud al revivir en *Integridad*, 1889, el baile llamado "Don Mateo", en el que mientras tañía una guitarra, el hombre con un pañuelo en cada mano y con un chal en las sayas la mujer, contoneábase al son del siguiente estribillo:

*Viene don Mateo,
viene de la huaca
con sombrero y capa.
Baile usted mi amigo
lo que usted sepa;
Pero en lo que no sabe
nunca se meta.*

Es muy probable también que Gamarra fuese el autor de la primera canción de protesta. Ella estuvo inspirada en la figura del bandolero Luis Pardo. Cuando a este legendario personaje se le acusaba oficialmente y en los órganos publicitarios por robos y asesinatos, muchas veces falsos, fue "El Tunante" el único escritor que tuvo comprensión ante él. "Luis Pardo más que un bandido es un desgraciado", escribió en *La Integridad* del 23 de enero de 1909. Y añadió: "No parece ser un hombre vulgar". Y aludiendo a la ferocidad desplegada por sus verdugos en una inhumana persecución, se atrevió a decir: "No podemos asistir a la caza de un hombre con la misma impasibi-

lidad con que se asiste a la caza de una bestia"... "Quizá si estudiando con detención los orígenes de su transformación, podamos encontrar que en vez de querer matarle, se pudiera tentar el reducirlo". El mismo periódico había dado a conocer algunos años antes que en Chiquián, la tierra natal de Luis Pardo, el salario del peón era de 15 o 20 centavos (*La Integridad*, 7 de setiembre de 1901, según anota Alberto Castillo Ramírez en su magnífico libro *Luis Pardo, "el Gran Bandido"*).

En el mismo número del órgano de "El Tunante", con fecha 23 de enero de 1909, aparecieron remitidos por "un autor anónimo" once décimas rimadas en octosílabos escritas por el bandolero. De ellas la 1ª, la 5ª, la 9ª y la última fueron adaptadas a la música, según se cree, por el compositor mulato Justo Arredondo, a cuyo hogar, en la plazuela de Monserrate, iba frecuentemente Gamarra. Que Luis Pardo no redactó aquel canto es obvio. En las primeras estrofas de él se lee lo siguiente:

*Ven acá, mi compañera;
ven tú, mi dulce "andarita".*

Hay en la región noroeste del Perú, por las alturas de Pomabamba, una flor silvestre conocida como "andarita" de tallo color gris, capullo de pétalos guinda y con aroma a cedrón y jazmín; pero esa flor no es conocida en Chiquián. Todos los indicios llevan a la certeza de que el mismo Gamarra fue el autor del poema y que indujo a Arredondo para que lo divulgara con música criolla. Allí aparecen las siguientes estrofas:

*Por eso yo quiero al niño;
por eso amo al anciano;
y al pobre indio que es mi hermano
le doy todo mi cariño.
No tengo el alma de armiño.
Cuando sé que se le explota
toda mi cólera brota
para su opresor, me indigna
como la araña maligna
que sé aplastar con mi bota.
Yo aborrezco la injusticia:
yo quiero al que es desgraciado,
al que vive abandonado
sólo por torpe malicia.*

En 1911, desde *La Integridad*, Gamarra polemizó con José Gálvez sobre el criollismo y lo nacional en nuestra literatura. Gálvez escribió en el valiosísimo periódico *Balnearios* y su interés por este asunto lo prolongó

hasta el extremo de que, para su grado de doctor en la Facultad de Letras, en 1915, su tesis llevó como título *Posibilidad de una literatura genuinamente nacional*. En la época actual en que se han desarrollado tanto los estudios universitarios y proliferan los llamados “talleres” académicos, alguien debería exhumar el diálogo Gamarra-Gálvez y situarlo a la altura de lo que hoy sabemos o creemos.

Favorable primero al populismo de Guillermo Billinghurst, *La Integridad* apoyó, con sus artículos del 7 de febrero de 1914 y otros, el golpe militar que lo derribó. “Lo que tenía que suceder (léase en un artículo de esta última fecha). “No ha sido por falta de advertencia, ni por falta de manifestaciones terminantes y claras de la opinión pública interpretadas lealmente por la prensa y por instituciones y corporaciones a tiempo”. Censuró en don Guillermo haberse encerrado en su yo; ver sólo para adentro; tener a su alrededor “cuatro zoquetes de la peor especie”; la “mochería ministerial” con “prosa para afuera” y la actitud de mudez en lo que era de puertas adentro ya que “como quien lleva un atadito al Rímac llegaban al despacho encomendándose a todos los santos y santas para pedir la firma y eso, haciendo antesala de largo tiempo”; el temerario distanciamiento con el Congreso, motivo por el cual “durante los meses transcurridos Palacio ha sido poco menos que inaccesible para los legisladores, así hubieran sido quienes fueran”, origen de la “completa esterilidad que ha caracterizado la obra de los dos Poderes”. Exhibió entonces, asimismo, el cuadro de lo ocurrido en la noche del martes 3 de febrero: “En más de ochenta coches, gentes armadas de revólveres hicieron una exhibición pública. Para ellos los capituleros habían recorrido varias fábricas y talleres pagando dos soles por cabeza y echando la voz de quien no se apuntara y concurriría no sería recibido al día siguiente en ningún trabajo. La granizada de balas al recorrer determinadas calles; esta gente fue considerable y sus vociferaciones horribles. A las noche de la noche concurren los cocheros y al local donde se les pagó”. Más detalles grotescos y criollísimos pueden ser hallados en la misma crónica. Gamarra aprobó, así, miopemente, la reacción castrense-plutocrática; pero sin adulaciones. “Lo que se necesita ahora es cordura”, repitió entonces.

Entre 1913 y 1918 se incorporó don Abelardo a la Cámara de Diputados como representante por Huamachuco en comicios limpios que una ejecutoria de Corte Suprema, indiscutible organismo entonces, refrendó. El momento más dramático de esta fase de su larga vida surgió el 15 de mayo de 1914, cuando el grupo civilista se reunió en sesión de Congreso para elegir Presidente Proviso-

rio de la República al entonces coronel Oscar R. Benavides, mientras la fuerza pública impedía el ingreso de la mayor parte de los diputados y senadores contrarios. Sin embargo, algunos de ellos lograron hacerse presentes: Mariano Lino Urquieta, Manuel Químper, Alberto Secada y Abelardo Gamarra. Los tres primeros expresaron su desacuerdo con energía verbalmente. El último pidió únicamente que constara el voto por él emitido y lo fundó en Secretaría dentro de las palabras siguientes: “Pertenezco a la mayoría legal que profesa el respeto a la Constitución y a las leyes... La legítima mayoría de ambas Cámaras es un poder constituido y no es posible que acepte que una dictadura intentada y a la que puso término el ejército en la jornada del 4 de febrero sea sustituida por otra dictadura precisamente recaída en personalidad de ese mismo ejército que con semejante borrón no sólo desprestigia la noble carrera de las armas sino que hunde al Perú en el naufragio de sus instituciones”.

También es memorable el pedido que presentó, por escrito, como hizo la declaración antes mencionada, en la sesión del 13 de setiembre de 1916 con motivo de la prisión de Carlos Barba, Timoteo Aguirre, Pedro Ulloa, Ismael Gacitúa y otros, e igualmente, por la persecución encarnizada a Juan Montani, Nicolás Gutarra, Delfín Lévano, con allanamiento reiterado de domicilio, vejamen a la esposa de este último y robo de los libros de su casa. Expresó que las huelgas producidas entonces eran fruto de circunstancias mundiales. “Resulta inútil (dijo) ejercer actos de represión injustos contra los que aquí profesan determinadas ideas, toda vez que con ello nada se ha de conseguir. Las ideas no se discuten, se refutan, no se persiguen. Es desconocer la historia creer que extirpando a los individuos damos muerte a sus ideas”. Mencionó enseguida el hecho de que la Economía Política reconoce las injusticias sociales, proclama los derechos del obrero desde la huelga, la asociación, “todas esas manifestaciones económico-sociales que tanto nos alarman”, y de que la Sociología enseña la relatividad de inestabilidad de las instituciones sociales “cuya constante modificación realiza el esfuerzo del hombre, procurando que ellas garanticen y satisfagan no las conveniencias de unos pocos sino las de toda la colectividad”. Censuró, en suma, que no se dejara “oír otra voz que la del interés para preconizar las bondades de una organización social de privilegio”.

No se crea, sin embargo, que Gamarra se acercó a la ideología del anarcosindicalismo que propagaban los obreros por él defendidos. La suya fue una posición democrática y progresista sin llegar al repudio del capitalismo ni de la inversión extranjera. Cuando el gobierno de José Pardo envió a Manuel Montero y Tirado a Estados Uni-

dos con objetivos financieros, manifestó el diputado por Huamachuco su vivo interés en el resultado de esa misión. "El Perú (expresó también por escrito en la sesión de 25 de setiembre de 1916) necesita la cooperación de todo el mundo para encaminar su desenvolvimiento económico".

Los documentos antedichos comprueban que, aunque fiel a sus ideas, Gamarra carecía de dotes oratorias. No puede ser comparado, ni de lejos, con los grandes tribunos que prestigiaron el Parlamento Nacional en los años anteriores a 1920. Este ensayo esquemático no intenta agotar, por cierto, el recuerdo de sus iniciativas y pedidos que sería interesante coleccionar. Bastarán aquí unos datos someros. Interés especial ofrece, por ejemplo, la denuncia que hizo de los abusos cometidos con los indígenas del fundo Chuyugual en sesión de 27 de setiembre de 1916. Dicho predio había sido destinado, lo mismo que el obraje de Sinsicap, para sostener y vestir a los aborígenes pobres de la provincia. Una junta de vigilancia compuesta del Obispo de Trujillo, del Deán de la Catedral y del párroco del Sagrario de dicha ciudad, debía tan sólo inspeccionar el cumplimiento de ese legado de beneficencia. Sin embargo, la junta alquiló la hacienda e invirtió su renta en congruas de párrocos aplicando los sobrantes a la diócesis. Como los indios fueron maltratados y explotados por los arrendatarios, el Obispo hizo un contrato de arrendamiento con ellos mismos, no obstante lo cual otorgó luego posesión a persona extraña que organizó por sí y ante sí fuerza armada con la finalidad de iniciar "una especie de guerra privada".

Gamarra prestó como diputado atención especial a los temas sociales y a los de orden educativo. Así apoyó la formación y el desarrollo de la Liga Agraria; favoreció a las familias pobres que integraron una "primera colonia nacional cerca de Lima" al cultivar terrenos en Lurín; buscó el mejoramiento de la Escuela de Agricultura y la proyección de ella hacia la colectividad mediante una campaña para difusión de semillas entre otras cosas. Dentro del campo pedagógico, no debe ser olvidado su esfuerzo para que recibiera apoyo y desarrollo la escuela comercial e industrial de señoritas fundada por Zoila Aurora Cáceres, único plantel femenino limeño en 1915; su iniciativa en relación con profesores ambulantes que divulgasen la enseñanza elemental a base de propaganda agrícola, ambas propuestas con el respaldo de un impuesto sobre la lotería; su reiterado empeño en el mejoramiento de la Escuela Correccional; su afán en el sentido de que tuviesen uniformidad democrática los uniformes escolares y que bajo determinadas circunstancias, los padres de familia consiguieran rebajas en las pensiones para la edu-

cación de sus hijos. Julio Galarreta González anota que en su tierra natal fundó Gamarra una biblioteca popular que aún existe y lleva su nombre, y que intervino, además en la donación que un coterráneo, Julio J. Galarreta, hizo de un local para una escuela nocturna en la misma localidad. El mismo autor recuerda también los pedidos que hizo en la Cámara de Diputados para la reforma del arancel eclesiástico, pues solicitó que "siquiera la muerte fuera gratuita", la creación de escuelas en las haciendas; la aparición de un diario del magisterio; la ley agraria destinada a incorporar a la producción las tierras sin cultivo.

Fue *El Tunante* director de *El Peruano* entre 1920 y 1923, nombrado por Germán Leguía y Martínez, el Ministro que dio a Francisco Mostajo la Dirección de Gobierno.

Enfermo de cáncer, pobre, postergado, sus últimos días fueron muy tristes. Sin una queja ni una palabra de arrepentimiento, se confesó ante su hijo Carlos Gamarra y falleció el 9 de julio de 1924.

La obra publicada por Abelardo Gamarra desde 1895 consta, cuando menos de doce libros. Dos son capitales: *Rasgos de pluma* (con ediciones en 1899 y 1902) y *Cien años de vida perdularia* (1921). Dos son como glosas de éstos: *Algo del Perú y mucho de Pelagatos* (1905), *Unos cuantos barrios y unos cuantos tipos* (1907). Tres se basan en reminiscencias: *Educación* (1920); *Modelo de hombres: A la memoria de Fausto Figueroa* (1921); *Una faz de González Prada* (1923). Uno presenta ideas constructivas sobre la influencia extranjera: *Los norteamericanos y el Perú* (1920). Y dos se orientan hacia la historia o la evocación: *La batalla de Huamachuco* (1895) y *Manco Cápac* (1923, edición de Rafael Larco Herrera). No se ha podido encontrar para los presentes párrafos una edición de *Rasgos de pluma* de 1911 sobre la que hay referencias sueltas, ni *Italia en el Perú*, ni *Música popular peruana*. Todavía no se ha hecho una investigación completa y orgánica del rico material político, literario y social desperdigado en *La Integridad*, semanario, entre 1889 y 1916, el más longevo dentro de su género en el Perú, periódico eventual a partir de ese año hasta 1924.

Como costumbrista, Gamarra tiene una fase descriptiva o evocadora sobre Lima o sobre la sierra, con nostalgia o gracejo; y otra de acerba crítica sobre hombres, cosas e instituciones. Esta última resulta más notoria en la medida que van pasando los años. Se esmera en exhibir, para hablar con palabras suyas, a los explotadores del "patriocabulismo", los camaroneros, los señores de las mamadas, los expertos en la mamandurria, los que saben hacer guaraguas, los que amuelan el parque, los que prac-

tican la ranfuña y las buscas y rebuscas, los galifardos, los bausanes, los compadres, los que manejan la batuta o el pandero, los gallazos, los cahilugos, los que hacen sentir su mascar en el gran charco nacional. Salen a escena en sus páginas los Presidentes de la República mal escogidos; los Ministros (esos hombres que se ponen tiesos por unas semanas, y se atufan un poco porque les ha llegado el turno en la mozonada política); los parlamentarios perpetuos, serviles e inoperantes y sus inescrupulosos agentes; las numerosas leyes ornamentales y que sólo son cumplidas por los tontos; los prefectos mediocres y aprovechadores; los diplomáticos gandules; los jueces que prevarican; los litigantes explotados; los capituleros, las mujeres caritativas con corazones de yesca; los socios de Beneficencia ilustres e inhumanos; las sociedades de auxilios mutuos que tienen como dirigentes a Lanza N° 1, y Lanza N° 2 y Lanza N° 3; la prensa que se nutre con la mamadera; los que han nacido aquí y viven aquí y desprecian lo de aquí; y toda la fauna adlátera. Los exhibe con franqueza y donaire, en estilo desgarbado pero repleto de peruanismos, algunos de ellos inventados por él (falta hacer minuciosamente el sabroso diccionario de *El Tunante*). Se ha propuesto acaso proseguir a su modo la obra que González Prada inició con apóstrofes; y, por eso, *Cien años de vida perdularia* está dedicado a sus viejos compañeros y amigos del partido radical. Acaso piensa que a su patria le ha ocurrido lo mismo que cuando, huérfano y a los doce años, vio él, sin amparo, evaporarse su cuantiosa fortuna patrimonial, en manos de jueces y detentadores de lo que es ajeno. “Cuando en un país el encumbramiento al manejo de sus destinos (afirma en el artículo “Negocio redondo”) es algo así como acuerdo de aventureros o de jugadores a la mala; cuando sobre las ruinas de un cementerio donde descansan nuestros mayores o sobre el campo de batalla en que todavía ensangrentada y en jirones se halla nuestra bandera, allí, sobre todo eso, reina la crápula y se traman los conciliábulos del negocio; cuando nada habla, ni la historia, ni la desgracia, ni las

plagas, ni las catástrofes, ni la conciencia, convengamos que se acerca un diluvio”. Pero el no ha evolucionado, como su maestro, conviene repetirlo, hacia el anarquismo. Quiere capitales, brazos y ciencia para el Perú. Su programa se limita al culto de la verdad y de la honradez, del progreso y del civilismo, pues se siente, a pesar de todo muy dentro, el fervor patriótico, él, testigo y actor, en el Callao, el 2 de mayo de 1866, en la Reserva, en enero de 1881 y en la Breña, rehuyendo siempre grados y galones militares.

En *Educación. A la memoria de mi padre. Edición reservada de cien ejemplares. Saludo anticipado al aniversario de mi patria: 28 de julio de 1920* hace el elogio de su progenitor y del cura de su pueblo y traza algunos bellos recuerdos de infancia, para lamentar luego el abandono de la formación moral y de la urbanidad y afirmar que el propósito de la educación en general consiste en que la vida sea más racional y más justa y más buena porque peor que el analfabetismo es la maldad.

Otra de sus publicaciones generalmente omitidas, *Los norteamericanos y el Perú. Homenaje a mi patria en el glorioso aniversario de la independencia: 28 de julio de 1920*, le sirve para dar consejos a los capitalistas de aquella nacionalidad, exhortándolos a ser justos, humanitarios y a que ayuden a combatir el analfabetismo y las prácticas anti higiénicas en sus tratos con empleados y obreros. Curiosa es aquí la afirmación de que en el Perú quien goza de verdaderas garantías es el extranjero.

No debe ser despreciada, por último, la contribución cuantiosa y valiosísima de *El Tunante* a los listines de toros y a la música popular. Gran parte de esta última no circuló con su nombre; pero se difundió en yaravíes, canciones, tonderos, polkas, marineras y otras piezas que son como joyas antológicas de un romancero anónimo ya, en gran parte disperso en el helado infierno del olvido.

De: *Homenaje a Abelardo Gamarra. Prólogo y recopilación de Julio Galarreta González. Lima, 1974, pp. 17 a 37*



Representación mochica
de serpientes